

DE BLANCA LUZ BRUM

Aquellas Manos

ERA DE ESAS mujeres blindadas, de corazón intraspasable, a quien el hombre podría distribuir incesantemente la caricia de su sexo como una flor sobre la boca, sobre la mejilla, los se-
nos o las rodillas, y siempre habría sido incesantemente rechazado por las manos aparentemente

de cera, aparentemente llena de azahares. Ella vivía para proteger y nutrir la piel amarillenta de sus manos. Extraños y lujosos guantes, delgados y pequeños, que callados fabricantes confeccionaban. Cremas costosas y extranjeras venían desde los laboratorios de Yaidely o de Antoine desde los más elegantes reductos de "beauté" de Berlín o París; primorosamente envasados y ordenados en los "barbershops" de los barcos que venían a la América del Sur, designados desde los puertos de Europa para suavizar aquellas diminutas manos de cera. Y los esmaltes norteamericanos con los más diversos derivados del rojo, con los más exó-

crispaban en vez de moverse y esparcían sobre el mantel una especie de llama pálida, como ganchos sumergidos en sangre se contorsionaban los dedos y en medio de las platerías y las lámparas, aquellas manos abandonaban a su dueña, contra las luces sobre los tapices en el oro viejo de los cuadros en los ángulos llenos de sombra.

Las ví después sobre la mesa de la ruleta como si una fiebre continúa las embujara, del 17 al 32, del 29 al 26 oprimiendo las fichas con una expresión cínica iban y venían sobre los cuadros oscuros tal como un ave que pusiera sus huevos o una mano dejando una semilla en el

ticos nombres extraídos de elementos españoles, como ser "mantillas", "fiesta", "rancho", "señorita", "adobe", se alineaban en su precioso "toilette" como un regimiento terriblemente soviético.

Aquellas personales manos constantemente dirigidas, no tuvieron nunca el gesto dulce de la displicencia, el gesto de abúlico abandono que adquieren las manos cuando los seres reposan; cuando ella dormía permanecían encastradas sin respiración ni movimiento, torturadas bajo los guantes de la noche, oprimidas en la oscuridad; y en el campo cuando otras manos salen a cortar flores o a abrir las rústicas puertas de los cercos, las manos de cera permanecían en lívidos gestos de género defendidas del sol y del aire y del roce fugaz de los pétalos.

Las recuerdo algunas noches en que las contemplé en libertad, se parecían a los hombres que lanza el presidio después de treinta años; no sabían conducirse en el aire maravilloso, era una piel viscosa sobre un armazón de alambre y se

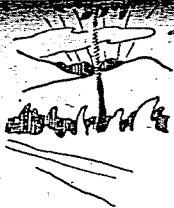
viento agónico, el viento vago de los campos, aprovecha la oportunidad para rondar sobre las claraboyas y los techos. Ya está instalado en la ventana como un amante terco, como un hombre siniestro, como un herido a puñal, como un moribundo del alba. Ahí está con toda su agonía llenándome de pavor el sueño. ¡Uhhhhhhhhhhhhhhhh!...

Ahora comprendo por qué cada mañana abandonan los viajeros los hoteles, por qué aparecen pálidos los niños y los hombres beben desesperadamente. El viento de la noche a través de las ventanas penetra al corazón y a los nervios para quebrar las voluntades, para sugerir la melancolía y el llanto.

MATRIMONIO

Comprendían los dos sin decírselo que cada uno a casarse había renunciado a "algo" por eso al acercarse a la cómoda cada noche, durante años, como en un acuerdo mutuo y silencioso, depositaban sus alianzas y respiraban con alivio. Y aquella pequeña argolla de oro caía con todo el enorme peso de los símbolos. Hablaban después descuidados y somnolientos, ciñéndose él la cinta oculta del



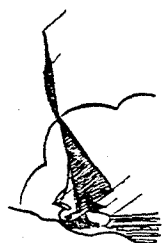


surco. De pronto levantaba la cara y miraba hacia mí, como diciendo: "Le impido mirar a mi marido" o bien "El dinero que juego me pertenece", o dejaba caer su mirada apagada, sobre montones de dinero, fría y nocturna como una nave que se pierde. En verdad yo pensaba en su marido, y al mismo tiempo, en las innumerables colillas que expiraban en los ceniceros del salón y resumían los íntimos pensamientos de los hombres que las habían consumido. Aquella la dejó un hombre viejo y desprecupado; aquella otra aquel hombre maduro y elegante a quien su amante le acariciaba la única mano que no juega. Cuando ese cigarro era entero lo tomó con una gran delicadeza mientras evocaba los últimos besos de esa tarde; y esta colilla oprimida y quebrada la dejó ese muchacho sacudido por la emoción del juego, como un rosal sacudido por el aire. Las miradas de mis amigos se han encontrado con las mías y ahora caminamos juntos alrededor de las mesas como atraídos por una música malsana. Nos decidimos a ganar la noche con toda su frescura. Lejanas boyas se quejaban como náufragos y oscilan en las mareas nocturnas; ya Montevideo entero duerme entre espadas frías. Las pequeñas luces de las boyas vigilan la entrada de sus ríos y el viento pampero, el

con sus pesados brazos, una gaviota de oro caía con todo el enorme peso de los símbolos. Hablaban después descuidados y somnolientos, ciñéndose él la cinta oculta del pyjama como si fuera a ahorcarse por la mitad del cuerpo, dejando ella que el camión le corriera de la cabeza hasta los pies como una alegre mortaja, ya en las camas cada uno como firmes remeros a bordo de naves familiares, libres, previamente libertados junto a la cómoda, viajaban hacia infinitos mares donde se encontraban dormidos para saludarse dulcemente, para separarse de nuevo con la primera campanada del día.

BALLET MARINO

CORRIENDO COMO DOS bailarines una mujer y un hombre, se han detenido en la orilla del mar, han avanzado y caído entre las aguas, han revuelto sus cabelleras y empapado sus cuerpos en el oleaje, bracean mar adentro y van en c o n t r á n d o s e con enormes olas que los levantan, como a dos conocidos, y otra vez en las planicies del mar ellos avanzan resueltos.



La ola que los ha encontrado llega al fin y sobre sus espumas flota una gaviota muerta. Ahora regresan otra vez y el sol pega sobre sus torsos, los cuatro brazos semi sumergidos brillan como cables metálicos. Ya están en la orilla, y uno ha pensado que termina el Ballet mecánico de las aguas, pero he aquí que continúa con más vigor y gracia. El océa-

no ha esculpido sus figuras, y delineados y firmes se arrojan bruscamente en las arenas, respiran fatigosamente sus pechos empapados, se mueven los labios salados y deseosos; ceden los muslos y las espaldas, se afloja toda la máquina perfecta y sólo veo dos cuerpos derrotados por el mar; veo también dos cabezas que se buscan con los ojos entrecerrados.

Ha pasado algún tiempo y se levantan repuestos y vigorosos, se dirigen hacia los médanos calientes en donde aguardan dos bicicletas acostadas. Ahora son dos figuras independientes llevadas por el viento en medio de la avenida; equilibradas y musicales se dirigen al Bosque de donde deben haber salido esta mañana.



MARCHA

Toda la Semana en un